C 2657-3

SILVERIO LANZA

NI EN LA VIDA

NI EN LA MUERTE

MADRID 1890

JUAN BAUTISTA AMORÓS, EDITOR

Olivares, 18.—Getafe.

Biblioteca Nacional de España

MADRID.—Imp. de F. Cao y D. de Val, Platería de Martínez, 1.

Biblioteca Nacional de España

C 2657-3

Convencidos de que Dios se hizo hombre, pretenden los hombres hacerse dioses.

Mal oficio. (*)

(*) Coloco aquí la moraleja para hacer más fácil la lectura de este libro á aquellas personas que no tienen costumbre de entender lo que leen.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

PERSONAJES

(RETRATOS DEL NATURAL)

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

PERSONAJES

Licurgo Redondo, *juez de delitos.*
Pío de la Cruz, *cura párroco.*
Bienvenido González *(el inocente).*
La familia Prada.
Un sepulturero que no habla.
Un tabernero, un polizonte, gentes del pueblo, y otros personajes que ni son del pueblo ni son gentes.

Se figura la acción en Villaruín, población próxima á Granburgo (capital de la Atargea), en el siglo XX del cristianismo, durante la dominación de las llamadas razas cultas.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA MILITAR ADQUIRIDA

D. LICURGO REDONDO

JUEZ DE DELITOS

Se le llama también juez de preparación ó, como decía el presidente de un tribunal de apelación, «el juez de los primeros pasos» y en una procesión de Semana Santa envió al nominado detrás del Cristo amarrado á la columna, porque «V. me va inztruyendo ezte procezo y yo iré á la cola con er cabirdo para zentenciar con arreglo á juzticia.»

Cuando algún comerciante es presumido se dice que el tal se ha tragado la vara de medir: pues bien, el juez de delitos de Villaruín se ha tragado la vara de la justicia. Se la ha tragado porque anda más estirado que un pino. Se la ha tragado y le ha producido una indigestión.

Afortunadamente sólo se ha tragado la vara; otros se comen la justicia y engordan. El juez de Villaruín está para cebar; y el descaro con que asoman

Biblioteca Nacional de España

los huesos por debajo de la piel hace honor á la probidad de tan digno sacristán de Themis.

¡Pobre iluso!

Antes de tomar posesión de la plaza, se presentó al jefe del negociado de Derecho del Interior, y el alto funcionario le dijo:

—Usted dirá

—Soy el juez de delitos nombrado para Villaruín.

—Está bién.

—Y vengo á despedirme de V. E.

—Está bien.

—Mañana salgo para mi destino.

—¡Ah! mañana... y ¿á dónde va V.?

—A Villaruín.

—A Villaruín, está bien. ¿Por permuta?

—No, señor; obtuve plaza en las últimas oposiciones, y...

—Está bien... Pues me felicito, señor mío, por las graves responsabilidades que sobre mí pesan, y me felicito en nombre de la administración de justicia de que ésta se halle representada en... ¿dónde ha ha dicho V.?

—Villaruín.

—Está bien... en Villaruín por persona tan dignísima como V. y de quien tengo tan buenos antecedentes.

Biblioteca Nacional de España

—Mil gracias.

—Nada de eso. Estoy muy descontento de la gestión judicial en... en... Villaruín; y yo espero que usted ha de resolver los expedientes que hay acumulados, y no ha de defraudar las esperanzas que en V. tenemos puestas desde su brillante ingreso en la carrera á que todos nos honramos en pertenecer.

—Muchas gracias... Puedo á V. asegurar...

—Está bien. No le digo á V. que se siente porque querrá V. tomar el exprés del Norte.

—No, señor; salgo en el correo del Sur.

—¿Sí?

—Villaruín está en la provincia Central

—Ya, ya lo sé; pero creí que... está bien.

—Pues, con el permiso de V. E...

—Nada de tratamiento. ¿Su gracia de V.?

—Licurgo Redondo.

—¡Ah! ¿es V. Licurgo?

—Sí, señor; como mi padre.

—Pues no decrete V. el reparto de la propiedad. Villaruín no está en Esparta.

—No, señor; está en la provincia Central.

—Lo sé, lo sé... está bien. Gutiérrez, abra V. la puerta.

—A las órdenes de V.

Biblioteca Nacional de España

—No le digo á V. nada. Nosotros somos dos compañeros.

—Mil gracias.

—Vaya V. con Dios.

.....

(Desde la puerta).

—Servidor de V.

—Beso á V. su mano.

El jefe de negociado no supo ni sabe dónde está Villaruín, ni donde está D. Licurgo Redondo. Recibe diariamente treinta ó cuarenta visitas semejantes á la descrita, y sólo se ocupa de conservar su lucrativo puesto, adular al ministro y engañar á su mujer (la del jefe).

Pero el juez novato toma el correo del Sur, llevando en su cabeza más humo que el que despide la locomotora, haciendo caminar á su imaginación más rápida que el tren, y exponiéndose á lo que se exponen los trenes rápidos: á parar de pronto en el fondo de un precipicio.

Un carnero atravesado en la vía y un cacique atravesado en el juzgado hacen desviar de su camino á un mixto y á un exprés; á un *juez de primeros pasos* y al presidente del inapelable tribunal de lo contencioso y finiquito.

Le asustan *las graves responsabilidades que sobre él*

Biblioteca Nacional de España

pesan; le llenan de orgullo los *buenos antecedentes* que acerca de su *eximia* persona tiene el jefe del negociado; medita por qué éste estará *descontento de la gestión judicial en Villaruin*, y se propone no jugar y beber como su antecesor y ser casto como el único rey de España á quien se llamó casto y que tampoco fué casto.

Reflexiona sobre lo que es y se asombra considerando que aquel Licurguillo que cometió en su casa y en su pueblo hurtos y ataques al pudor sea ahora el encargado de hacer justicia y distribuir el derecho entre los humanos.

Piensa que para proceder es necesario conocer del delito, y teme que muchos queden impunes. Que para condenar es preciso conocer al reo, y que es muy difícil conocer á un hombre. Quisiera saber todos los idiomas, y todas las leyes, y antropología, y biología, y etnología; y quisiera investigar todas las conciencias y adivinar todos los pensamientos, y quisiera ser Dios para poder ser justo.

Pero no es Dios y teme cometer horribles crímenes al aplicar ciegamente las bárbaras é irracionales leyes hechas por la soberbia de los hombres cobardes. Quisiera no ser juez y vivir como su hermano arando y durmiendo.

—¿Usted fuma?

Biblioteca Nacional de España

—Mil gracias.

—Encienda V.

—Encienda V.

—No, señor, no.

—Muchas gracias... Digo que hemos tenido suerte.

—Sí, sí.

—Ya ve V., sólo vamos cuatro en un departamento de primera.

—Es verdad.

—Y ¿va V. muy lejos? aunque sea indiscreción.

—Usted mande. Voy á Enlace.

—Pero seguirá V. más allá.

—Sí, señor. Voy de juez á Villaruín.

—Que sea enhorabuena, señor mío. ¿Estaba V. antes?

—No, señor; me acaban de nombrar.

—Ya decía yo: es V. muy joven.

—Así, así.

—¡Qué bonita carrera! Son Vds. la primera figura en todas partes.

—Gracias.

—La verdad, la verdad solamente. Yo tengo un tío que es presidente de un tribunal de apelación. En mi familia hay mucha toga. Hasta yo mismo he sido muchas veces fiscal y defensor; y un asistente que tuve, y que después llegó á caporal, se aficionó

Biblioteca Nacional de España

tanto á estas cosas que hoy le tiene V. de verdugo en una circunscripción.

—Pero...

—Perdone V. Hoy los militares estamos de más porque nada se arregla á estacazos; todo lo arreglan ustedes.

—Todo, no.

—Tampoco nosotros arreglábamos nada, pero quiero decir que Vds. tienen la sartén por el mango.

—Nosotros estamos dentro de la sartén.

—No lo crea V., señor mío. Mire V., ésta, que es hija mía...

—A los pies de V.

—Beso á V. la mano.

—Pues bien; ésta, como no ha visto en casa otra cosa, tiene delirio por los cuerpos armados, y yo estoy por los civiles.

—Todos me gustan, papá.

—Ya lo creo; como que en todos hay capitanes generales, pero yo me muero por la justicia.

—Gracias, mil gracias.

—Y, diga V., en ese pueblo á donde va V. ¿hay algún crimen sobre el tapete?

—Creo que no.

—Vamos, será gente pacífica.

—Pacífica.

Biblioteca Nacional de España

—Más vale así, porque estamos en unos tiempos que ya, ya. Pero, hombre, ¿ha visto V. ese crimen horrible de ayer?

—¿Dónde?

—En Granburgo. Yo lo he sabido por el novio de la criada, que es cargador y paisano del criminal.

—Pues, no sé nada.

—¡Una friolera! Un padre que ha cortado la cabeza á todos sus hijos para hacerse una botonadura.

—¡Qué atrocidad!

—Esta no quiere que lo cuente porque se pone mala, pero yo se lo contaré á V.

—Calla, papá, por amor de Dios; estamos en Agape y yo quiero tomar café en la fonda de la estación.

—Vamos allá. Yo nunca contradigo á las mujeres, porque el valor se emplea con los hombres. Cuidado que mi esposa sabía que yo era toro bravo, pero me dominaba. Lo confieso. Al menos tengo esa franqueza. Vamos allá, hija, vamos allá. ¿Vds. gustan?

—Que aproveche.

.....

Rodeado de sombras y silencio camina el tren rápidamente sobre los rails, con regularidad pasmosa que hace más imponente su marcha. Tiende al viento su humeante cabellera de difuminadas puntas: llena de blanca luz el camino que busca, y deja tras

Biblioteca Nacional de España

sí rojo color como si caminase herido ó fuese matando.

Antes hubiera sido una divinidad: hoy no hay Dios, porque ya hasta la justicia es hechura del hombre. Ese mismo mónstruo de entrañas de fuego y tentáculos de acero vive sujeto á los rails si quiere vivir y quiere marchar. Hasta el rey y hasta el papa están sujetos á las armónicas leyes sociales, ó arriesgan, al desprenderse, marchar inertes al abismo de todas las negaciones.

.....

El general se ha tumbado cuan largo es y ronca con estrépito.

La banqueta de enfrente está ocupada por la hija del general y el otro viajero; ambos tendidos á sus anchas y con los pies juntitos, sea por comodidad ó por distracción.

Sólo queda en el departamento un asiento muy pequeño para un cura lleno de carnes y de vicios, pero suficiente para el sobrio ejecutor de la justicia en Villaruín.

Ya han pasado los escrúpulos de Licurgo, y ya se siente apto para ser justo. Las atenciones de que es objeto le prueban que un juez, aun siendo muy bruto, merece consideraciones de un general, aunque el general sea también muy bruto.

Biblioteca Nacional de España

Recuerda á su tío, que es cura, y no conoce el Derecho canónico; á su padre, que no conoce las Ordenanzas de montes, y á su hermana, que nunca oyó nombrar las leyes suntuarias. Una sonrisa de conmiseración abre las comisuras de sus labios cuando la memoria lanza al entendimiento el recuerdo de Agueda, que seguirá lavando ropa y amasando pan y esperándole para ser su esposa.

Conviene en que una pasión de niño no debe destruir el porvenir del hombre; que esos amoríos en que toman parte los astros y las flores son buenos para cantados por un poeta hambriento, pero no para ser sentidos por quien es acreedor á la gratitud de la sociedad. Piensa en la hija del general y después en las hijas de todos los generales. Aspira á lograr una esposa rica ó noble, pero siempre elegante, capaz para el fausto, *comme il faut*. ¿Y si no es honrada? Pues no la recibirán en su pueblo, pero la recibirán en la corte. Esto basta.

Nada: hay que ser severo, rígido. La gente de los villorrios es astuta y no he de dispensarles ninguna confianza...

El jefe espera que yo arregle la gestión judicial, y la arreglaré. La curia de Villaruía será gente cuca, pero yo les pondré las peras á cuarto...

Necesito un crimen que me dé nombre, y si no lo

Biblioteca Nacional de España

encuentro lo inventaré. La prensa se ocupará de mí aunque me cueste los cuartos. Daré bombo al prefecto y de rechazo me daré bombo...

Mucha guardia rural, mucha, mucha...

¿Y á mí qué?...

La cuestión es medrar...

Ya sabes que Villaruín no está en Esparta.

.....

Cuando Licurgo tomó posesión del juzgado ya tenía la vara de la justicia á lo largo de la faringe y del exófago.

Rodeáronle los caciques y arremetió contra los justos y los hombres de buena fe.

Destituyó á éste y al otro produciéndoles ira ó hambre. Registró hogares, apresó mujeres, buscó mancebas para su jefe y domésticas para la ministra. Fué tan inhábil que jamás dió con ningún criminal, pero persiguió á todos los hombres honrados.

Un día quiso salir de Villaruín, y ni encontró quien quisiera permutar ni en el ministerio le hicieron caso.

Comprendieron los caciques que aquel juez sólo servía para cobrar su paga y le emplearon como objeto de sus groseras mofas.

Id hoy á Villaruín y veréis, al ocultarse el sol, un hombre joven, flaco, de rostro amarillento y ojos

Biblioteca Nacional de España

hundidos, que pasea solo por las afueras del pueblo. Nadie le saluda, todos hablan quedito cuando pasan á su lado, y todos le envían en silencio una maldición ó un insulto. Húyenle las mozas porque encausó á todos los zagales. Produce espanto á los niños, odio á los hombres y desprecio á los viejos.

Ese es Licurgo.

Licurgo, que no comprendió que para ser pillo es preciso ser astuto, y para ser buen juez es necesario ser bueno.

Biblioteca Nacional de España

D. PÍO DE LA CRUZ

CURA PÁRROCO

—¡Es un bandido!

—¡Valiente Tenorio! ¡Pues no encuentra guapa á la hija del tío Perete!

—Y ¿qué más?

—¡Más todavía!

—Y malicioso y murmurador. En mi casa ha dicho que Engracia no se parece á su padre.

—¡Hola! ¡Hola!

—Y luégo ¡vaya unas limosnas! Algún pedazo de pan ó alguna moneda de dos cuartos.

—Como miserable, lo es.

—Así, que ya lo han resuelto los mayordomos de fábrica: mientras él sea cura no ve un cuarto aunque se caiga á pedazos la iglesia.

—Bien hecho; para robar á Sierra Laparda.

—¿Y eso de meterse en lo que no le importa? ¡Pues

Biblioteca Nacional de España

no le ha dicho á la mujer del Algarrobo que no le da la comunión si no se casa! ¿Qué tiene él que ver con que cada cual viva á su manera?

—Y después cobra dinero por casar.

—Eso no; á los arrepentidos no les cobra.

—Su misterio tendrá.

—Quien le entiende es el sacristán. El otro día le dijo: «Oiga V., de lo que caiga en los cepillos la mitad es para mí y de la otra pone V. las velas que le dé la gana.»

—Así, así. Ese barrena es capaz de alzarse con el santo y la limosna.

—Mala suerte tenemos con los curas. El otro tenía consigo una real moza y decía que era su hermana.

—¡Valiente hermandad!

—Pero éste tiene una vieja que es su madre.

—Ya lo creo para disimular mejor, y, sabe Dios, yo creo que ese hombre no ha tenido madre nunca.

—Es posible.

—Y dice que es licenciado en Teología.

—De presidio.

—Pero, señor, ¿cuándo ahorcarán á todos esos hombres?

—Cuando venga la gorda.

—Pues para que entre la gorda tienen que salir algunos flacos.

Biblioteca Nacional de España

—Eso digo yo.

—Por mí que los matasen de hambre.

—Al menos al nuestro.

—Ese, ese por borracho.

—Por libertino.

—Por entrometido.

—Por tacaño.

—Por ladrón.

—Por beatería.

—Señores, ¿me permiten Vds. que haga una pregunta?

—Usted dirá.

—¿Qué sueldo tiene el padre cura?

—Pues tendrá quinientas pesetas.

—¿Al mes?

—No, señor; al año.

—¡Al año! Pues créanme Vds.; ó ese señor es un santo ó la religión no sirve para nada, porque cualquier burro de Vds. gasta al año mucho más.

Sr. D. Pío de la Cruz, cura de Villaruin.

Muy señor mío: Cuando leyó V. las líneas que anteceden, me calificó V. de hereje, calificación que no me hizo gracia, no tanto por el calificativo como por que no quiero que me califique V.

Usted, señor mío, tiene clara inteligencia y buen

Biblioteca Nacional de España

talento y hubiera desempeñado cualquier profesión tan regularmente como desempeña la cura de almas en este pueblo. Se hizo V. sacerdote porque era usted pobre; y, desgraciadamente, la carrera eclesiástica es la más barata de todas.

Ha conseguido V. ese economato, que nunca tendrá en propiedad, porque los concursos no convienen ni al bolsillo de los obispos ni al prestigio del clero.

De todos modos, V. come, y yo le deseo buena digestión y buen apetito.

Hasta aquí es V. tan respetable como el carnicero del pueblo.

Vamos adelante.

Si yo soy un hereje, tiene V. obligación de convertirme, pero no tiene V. derecho á insultarme.

Pero lo notable del caso es que yo soy católico ferviente porque hallo perfecta la filosofía cristiana y muy acertadas las prácticas católicas. Además prefiero sentir á pensar, y las ceremonias del culto católico me hacen sentir de manera exquisita.

Lo malo que tiene el catolicismo es el clero, y en esto estamos conformes todos los humanos, incluso los curas.

Son Vds. tan brutos, y V. singularmente, que al buen Sr. Longeye, que siempre escribe en defensa de nuestra religión, le ha cerrado V. las puertas de la

Biblioteca Nacional de España

iglesia, so pretexto de que el tal señor lee libros prohibidos. Y digo que le ha cerrado V. las puertas de la iglesia, porque sabe Longeye que en cuanto entre dentro del templo subirá V. al púlpito y pondrá como chupa de dómine al ilustre extranjero. El empecatado pueblo de Villaruín ni entiende á V. ni á Longeye, pero está dispuesto á reirse de cualquiera de los dos en cuanto encuentre ocasión propicia.

Valiera más que emplease V. su tiempo en tener limpia la iglesia, que bien lo merece, en sustituir imágenes, que por sus posiciones indecentes producen aficiones iconoclastas en el hombre culto; en corregir el amancebamiento que hace desgraciados muchos hogares de ese pueblo; en lograr que los ricos amen á los pobres, y éstos sean agradecidos con los ricos. Finalmente, emplee V. su tiempo en algo útil y no lo dedique V. á la envidia, la murmuración y la calumnia porque al llegar á este extremo es V. inferior al carnicero del pueblo.

Su afectísimo S. S., *Silverio Lanza.*

Aunque soy el autor de esta carta, que supo mal á D. Pío, después he sido gran amigo del cura de Villaruín. Porque después me ilustré algo.

Los curas nos sirven de constante disculpa para nuestras malas acciones, y no lo agradecemos.

Después de una noche de broma, si á las seis de la

Biblioteca Nacional de España

mañana nos hallamos un conocido en la calle, decimos con el mayor cinismo que nos vamos á confesar. Aseguramos que no tenemos libertad porque no quieren los curas. Esto es suponer que los sacerdotes son los encargados de darnos nuestro derecho. Fuéramos nosotros los más, y tuviéramos algo de valor, y poco podrían los curas contra nosotros.

Lo mismo decimos de la instrucción pública. También el clero tiene la culpa de la ignorancia popular, y esto lo aseguramos después de haber pasado toda nuestra vida sin hojear un libro.

¡Sobre todo la confesión! Si cada esposo diese una paliza á su respectiva mujer cuando ésta fuese á confesarse, se emplearían en algo los librepensadores; sus esposas admirarían el desarrollo físico de sus maridos y tendrían los curas más tranquilidad. Porque, seguramente, en la confesión quien sale perdiendo es el infeliz sacerdote que ha de estar encajonado, sudando y oyendo paparruchas.

¿Y las amas? ¡Qué nos importan las amas de los curas! Allá se las arreglen los párrocos con los obispos. ¿O es que vamos á lanzar un anatema sobre el ejército porque un capitán no lleva el cuello de la camisa del tamaño prescrito por la Ordenanza? ¡Allá se las hayan los capitanes con los jefes de regimiento ó con los jefes de plaza!

Biblioteca Nacional de España

Nuestra ignorancia nos lleva á no distinguir entre el derecho canónico, la disciplina eclesiástica, la filosofía cristiana y la religión católica.

Finalmente, si nos estorban los curas, asegurémosles su subsistencia si se hacen seglares. Este es el camino más breve.

Dejando á un lado mi natural temor á las excomuniones, me atrevo á asegurar que no quedaría un cura para una misa. Porque hoy para ser cura se necesita tener mucha hambre.

Exceptúanse los vividores que sacan á los manteos miles de duros todos los años. Estos señores cobran más de siete reales diarios, y, por consiguiente, cobran más de lo que ganan, porque siete reales es el precio máximo del trabajo humano, que es lo que percibe un cavador cavando todo un día.

D. Pío es joven y guapo. Usa gafas, que lleva siempre perfectamente limpias, y no le ocurre como á otros míopes que, aún con quevedos, no ven más allá de sus narices. Es licenciado en Ciencias y doctor en Derecho, y tiene una ilustración superior á la de muchos padrastros de la Iglesia. Es aseado, extraordinariamente aseado, y mira con atención á las mozas que van limpias. Estas miradas enojan mucho á las casadas, porque á las casadas no las mira.

El desgraciado párroco ha tenido la desgracia de

Biblioteca Nacional de España

ejercer en Villaruín donde se tiene horror á quien no ara. El sacristán saquea los cepillos de la iglesia y las velas de los altares, é interviene maliciosamente en todos los oficios, con que D. Pío apenas cobra algo más que su insignificante sueldo.

Ha tropezado igualmente con el juez municipal, tabernero borracho, cuya mujer está á malas con D. Pío porque no la deja sentarse en el presbiterio. De esta manera no se luce el reclinatorio de la señora jueza (1), y el agraviado marido pone en grave aprieto al cura cada vez que se celebra una boda.

Me parece bien que los jueces presencien la celebración de los matrimonios católicos; y me parece bien, entre otras razones, porque si me pareciese mal me expondría á ir á la cárcel. Pero la humildad del Pontífice me permite discutir con él, y digo que Su Santidad ha hecho mal en avenirse á semejante disposición. Porque el matrimonio católico es un sacramento de cuya celebración sólo puede dar fe quien lo administra, y una de dos, ó el juez sólo ejerce el papel de testigo en su grado más insignificante, ó si da fe es porque no puede ser engañado por el cura, en cuyo caso sirve para cura y desempeña funciones eclesiásticas desde el momento en que es inspector

(1) No sé si juez es del género epiceno.

Biblioteca Nacional de España

de los más característicos servicios sacerdotales.

Yo creo que sería más natural que el juez vistiese casulla, y después de decir misa casase á los novios con ayuda del acólito, que pudiera ser el alguacil ó el secretario.

Siempre anda mal el mundo, y unas veces se mezcla el clero en lo que no le importa, y otras se hace el Estado sacristán. Ahora toca el turno á este error, y dentro de poco tiempo dirá un médico de hospital al practicante de una sala: «Si no produce efecto el sulfato de quinina, lleve V. la paciente á la sala de operaciones y le da V. la Unción con glicerina, para lo cual reducirá V. el Santo Oleo por medio del ácido sulfúrico.»

Día llegará en que diga la misa en el cuartel el capitán que esté de guardia.

La Iglesia tiene miedo á todo lo laico, y cae bajo el poder de un enemigo mayor, que es el ridículo. Los gobernantes tienen miedo á la Iglesia, y caen en un peligro mayor, el de desprestigiar las instituciones entre los gobernados.

Cuando yo decía estas ó parecidas cosas á D. Pío, empezaba el párroco á oirme con resignación. Mientras limpiaba sus gafas quedaban sus ojos entornados, y cuando volvía á colocarse el aparato óptico sobre sus narices me miraba con la insistencia con que

Biblioteca Nacional de España

solía hacerlo con las zagalas, como se mira un objeto completamente nuevo y extraño, ó á un antiguo amigo á quien se recuerda confusamente tras larga ausencia.

Después me interrumpía bruscamente llamando á su madre para que echase una firma en el brasero, y venía la anciana con los brazos desnudos.

—Pero, madre, ¿estás lavando?

—Ya lo creo. En tanto que te pueda servir, no quiero que nadie te sirva, y cuando ya no pueda, te acordarás de que te he servido.

Cuya frase traslado á quien corresponda para su superior conocimiento.

Biblioteca Nacional de España

BIENVENIDO GONZÁLEZ

EL INOCENTE

Apenas se sabe su apellido, y se le llama *el Inocente* porque en los pueblos hay gran afición á designarlo todo con su verdadero nombre.

Esta afición influye en el canto y hasta en los gritos: pudiera llamarse una tendencia onomatópica del lenguaje.

A Bienvenido le confirmó una mujer, y las mujeres descubren los inocentes á mucha distancia.

Además el mote no le hizo gracia al apodado, y por esto le duró el mote toda su vida.

Inocente está casado con una mujer completamente decidida á cumplir los mandamientos de la ley de Dios. Un día Inocente gritó á su mujer, y ésta creyó que debía callarse, y se calló. Inocente quedó satisfecho de su energía sin calcular que á tener su mujer peores humos él hubiera quedado debajo de la mesa.

Biblioteca Nacional de España

Tenía Inocente hermosos ojos, pelo rizado y largo bigote negro; andaba bien erguido y con soltura, hacía versos bonitos y era seguramente el hombre más agradable y más tierno de todo Villaruín. Así se proporcionaba conquistas que terminaban en las eras en las noches de verano ó en algún pajar en las noches de invierno. Inocente creyó que esto era un adorno de su persona, y empezó á referir sus éxitos; las conquistas continuaron, pero el Tenorio no observó que todas sus amadas eran gente de baja estofa que por tan ruín medio lograban dinero, grano ó colocaciones lucrativas para los deudos de las *víctimas*.

Fué el héroe de la taberna, donde nunca había entrado un hombre tan culto como Inocente. Empleó su dinero y las delicadezas de su espíritu entre rufianes y perdidas, y llegó á creerse el amo de la canalla.

Quiso reanudar sus relaciones con una casada, garrida y amante de calzones, pero la pretendida, que contaba con la ayuda del sacristán, se rió de Bienvenido y le llamó el Inocente. Este se desesperó de verse con mote: volvióseles hiel el vino bebido, y juró ser el amo del pueblo, pero juró temerariamente. No pudo ser alcalde, ni juez de faltas y se contentó con ser concejal porque le eligieron por condescen-

Biblioteca Nacional de España

dencia sus verdaderos amigos, los que no iban á beber vino á la taberna del tío Cáñamo.

Pasaron quince años, é Inocente se transformó. No brillaron sus ojos, volvióse rala su canosa cabellera, y anduvo jorobado y tropezando. Recordó que él solamente había revisado el archivo del pueblo; que solamente él había tenido condiciones de amor patrio y de valor personal para haber sacado á Villaruín de su estado de decadencia. Vió á sus parientes pobres y á sus amigos maltratados por los caciques; puso su mano sobre la cruz y juró... nada, porque asomó una lágrima á sus ojos y dijo cuando ya hubo hallado una cita erudita que poder aplicar á aquel triste suceso:

—¡Ah, Inocente! ¡Llora como una mujer lo que no supiste conservar como hombre!

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA FAMILIA PRADA

Playne, hablando con Recarte, empezó á definir al general Prada.

—Ese bizarro general tiene por delante todos los agujeros de su cuerpo.

—¿De veras?

—Sí, señor. Nunca ha vuelto la espalda.

—Sin embargo...

Y el taimado obispo de La Ruta acabó la definición.

—El general cuando va á escribir se pasa la pluma por la cabeza.

—Será para engrasarla.

—No, señor; es para afilar los puntos.

Y así era D. Rafael de la Prada. Un corazón valiente y una cabeza dura.

El corazón le sirvió para ganarse los entorchados

Biblioteca Nacional de España

y el cariño de la señora de la Prada, la más hermosa mujer de todas las de su época. Y la cabeza le sirvió para perder los entorchados y hacer la desgracia de su esposa y de su hija. Y no la merecían tan encantadores seres.

Teresa, la señora, además de ser hermosísima, fué tan fiel á su marido que como diese á entender S. M. que había logrado los favores de la de Prada, replicó la reina:

—Ni yo soy tan fea ni la generala es tan loca.

Y á Loreto le decía el general:

—Hija, cuando te veo me parece que estoy viendo á tu madre de quince años y con el pelo teñido.

—Rafael, no digas eso, porque á Loreto sólo le faltan tus bigotes para parecerse á tí cuando eras oficial de guardias imperiales.

—Porque tiene el pelo negro.

—Y yo lo tengo rubio.

—Por eso digo que si te hubieras teñido...

—Es que el rubio no te gusta.

—Antes era el único que me gustaba.

—Pero ahora...

—Ahora, Teresa, me gusta también el de Loreto.

—Ya, ya.

—Teresa, no seas así.

—Es que te conservas como de treinta años.

Biblioteca Nacional de España

—Pero teniéndote á tí...

—Buen zalamero estás.

—Hija, ¿quién es más guapo, tu madre ó yo?

—Mamá.

—¿Lo ves?

Y el general se levantaba envanecido y se marchaba á *la orden* orgulloso de su buena suerte.

Después, cuando quedaban solas las dos mujeres, Loreto decía á su madre:

—No te incomodes; he dicho eso para que papá se fuese contento, pero ¡mira que papá es guago!

—Y tú la más hermosa del mundo, vida mía.

Y lo era efectivamente.

Con su cutis blanco y finísimo, que parecía cubrirle como el cristal al retrato dándole brillo y relieve. Con la rara majestad de su figura que se hacía más imponente contemplando aquellos ojos rasgados y serenos y del mismo color que la sotana de un cura y la conciencia de un juez.

.....

.....

La familia Prada se estableció en Villaruín obligada por los acontecimientos políticos.

Dufroul y otros convencieron al general de que los asuntos públicos no prosperaban bajo la tutela de S. M. el emperador; y como D. Rafael, una vez

Biblioteca Nacional de España

convencido nunca se daba el trabajo de cambiar su opinión, ya no hubo modo de evitar que el general tomase por su cuenta la dirección de una de aquellas desgraciadas intentonas que hicieron necesario el imperio aun para los republicanos más fervientes.

¿Por qué fracasó la jornada del 9 de Julio? Dios lo sabrá, si se ocupó de este suceso, pero la historia sigue ignorándolo. Mientras vivió La Prada se culpó del fracaso á éste y al otro, sobre todo á Dufroul, de quien decía el general que había estado tres cuartos de hora sin leer un telegrama, buscando la manera de dar jaque mate á un rey de boj. Cuando murió La Prada convinieron los republicanos en que La Prada había hecho fracasar el movimiento por haberlo iniciado con media hora de anticipación.

Lo cierto es que La Prada se salvó porque tuvo suficiente serenidad para marcharse al Fóculo, haciendo el viaje en el exprés, sin desfigurarse el rostro, y entre viajeros cuya mayor parte le reconocieron perfectamente.

Durante la emigración del general, Teresa y Loreto se trasladaron á Villaruín para vivir con mayor economía.

Cuando D. Rafael se convenció de que la fístula de que padecía era incurable, volvió con completa

Biblioteca Nacional de España

tranquilidad á tomar el exprés y se reunió en Villaruín con su familia.

La llegada del general fué un acontecimiento en el pueblo. Los curiosos querían enterarse del tamaño de un militar tan valiente. Bienvenido, que era el casero del general, organizó una partida dispuesta á defender la vida del gran patricio; y Licurgo preguntó á su jefe qué debía hacer en aquella circunstancia tan grave.

El jefe contestó que no se había enterado, pero que le convenía seguir enterándose.

Tres meses después el general estaba gravemente enfermo y sin recursos para curarse, y entonces solicitó el indulto.

Los republicanos aprovecharon la ocasión para llamarle traidor y cobarde, y el ministro contestó á D. Rafael prometiendo servirle.

Pero antes que llegase el indulto llegó la muerte. Entonces se supo de una manera oficial que La Prada llevaba algunas semanas dentro del territorio del imperio.

Desde la muerte del general, empezó Licurgo á demostrar claramente su hostilidad hacia la familia Prada. Lo que hasta entonces y durante la ausencia de D. Rafael sólo habían sido consejos amistosos, empezaron á ser verdaderas amenazas que tendían

Biblioteca Nacional de España

á obligar á doña Teresa á que se trasladase á Granburgo.

El padre Pío, más astuto que aquellas dos infelices mujeres, fué quien primero comprendió el fin que se proponía Licurgo, y advertida doña Teresa llegó de deducción en deducción á saber quién era el verdadero interesado en este asunto.

Claro es que yo no he de decir aquí quién era el sugeto en cuestión, pero es seguro que debía ser un grande miserable, y como no es posible grandeza alguna en un imperio donde todas las grandezas están encarnadas en la augusta persona del monarca, es lógico que no me atreva á calificar de grande á nadie que no sea S. M.

No era Licurgo la única plaga que afligía á doña Teresa y su hija, aunque un juez como Licurgo sea plaga espantosa que no usó Faraón por ser desconocida en aquellos tiempos venturosos.

Sufrían también esa terrible enfermedad que se llama *hambre*, y que estudian poco los médicos sin duda porque los atacados de tan terrible mal no suelen estar en condiciones de pagar las visitas.

No trato con esto de molestar á los médicos, los grandes santos de mi devoción desde que me he convencido de que ellos son los únicos que empujan la humanidad por el camino del verdadero progre-

Biblioteca Nacional de España

so. También hay médicos que curan el hambre, y con mis piernas anda un individuo que de hambre hubiera muerto sin el caritativo socorro de un doctor, cuyo nombre no escribo para que nadie crea que el honrado viejo paga reclamos.

Conste que agradezco.

Y conste que aunque hay una restitución forzosa que se ejerce con el nombre de caridad, hay también una virtud que lleva el mismo nombre.

Y esta virtud la tenía Bienvenido el Inocente.

Y van Vds. á ver cómo aquel hombre del campo ejercía la caridad sin necesidad de limosnero, de ayuda de párroco, ni de espectáculos á beneficio de etc., etc.

Al siguiente mes de la muerte del general se pasaba el hambre los días y las noches haciendo compañía á la viuda y á la huérfana. Llegó el momento de pagar á Bienvenido el alquiler de la casa durante el año terminado, y la familia Prada vendió el tocador de Loreto al tío Levadura, distinguido panadero cuya hija iba tomando tufillos de marquesa mal educada. (Aunque esto parezca redundancia no lo es, porque me consta que existen algunas marquesas con educación.)

La venta fué originalísima, porque Levadura usó en la compra del mueble todas las frases y las postu-

Biblioteca Nacional de España

ras que son de ritual cuando se compra un borrico en la feria.

Finalmente, el tocador desapareció de la alcoba de Loreto, y quedaron unas pocas monedas sobre el velador de la sala.

Levadura se marchó llevándose lo mercado, y madre é hija no se atrevieron á mirarse, ni mucho menos á tocar el dinero. Fuése Loreto hacia el jardín y doña Teresa á la cocina, y cuando, media hora después, se reunieron á comer sus sopitas de ajo, pretextó Loreto que habría de hallarlas calientes, y no hubiera entrado en la casa si doña Teresa, acercándose á la niña, no la hubiera preguntado:

—¿Estás mala?

—No; yo no, mamá.

Y se miraron, y abrazándose estrechamente rompieron á llorar con el mayor desconsuelo.

—Debíamos haber vendido la consola.

—Es lo mismo, mamá.

Y tenía razón: era lo mismo. Porque no se llora la venta de un mueble, cuando se proyecta sustituir ventajosamente lo vendido. Sólo se llora con tanta amargura la pérdida de lo que no ha de sustituirse.

Por eso lloramos tanto la muerte de nuestra madre y la de nuestras primeras ilusiones de amor logrado.

Biblioteca Nacional de España

Pero allí también se vertían lágrimas por el porvenir, por la desesperación que tardaría en llegar lo que tardasen los muebles en ser vendidos.

Bienvenido supo la venta del tocador, y presumió el resto.

No hay bondad ingénita, y si existe no la tenía Bienvenido, porque lo primero que se le ocurrió es que la miseria de las de Prada podría facilitarle la conquista de doña Teresa, pero se le ocurrió después que si tal cosa hacía había de quedar forzosamente al nivel del juez Licurgo, y por orgullo empezó á ser bueno, que el orgullo sólo produce perversos en aquellos seres que sólo tienen orgullo de su perversidad.

Bienvenido dijo á doña Teresa que ya había cobrado del general, y suplicó á aquellas infelices que enseñasen á su esposa á hacer no sé qué labor. Y de esta manera todas las noches cenaba la familia Prada en casa de Bienvenido.

Y cuando la mujer del Inocente, celosa por estas distinciones, decía á su esposo:

—Mira, que no me la das.

Contestaba el ofendido:

—¿Por quién me has tomado? *Ego sum quie sum.*

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA ESCENA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Todos los lugares á que me refiero en este cuento los describí prolijamente en el *Viaje de Villaruín á Granburgo* (1).

Sin embargo, pudiera leer estas páginas quien no hubiese leído la obrita citada, y no creo impertinente dar idea del cementerio de Villaruín.

En dicho pueblo están los muertos más altos que los vivos, y como el viento ordinario de la villa es el S. E., en cuyo rumbo está el camposanto, tiene la seguridad quien muere en Villaruín de que los vivos le han de oler después de muerto.

Pero no es este el único lazo que une á los muertos con los vivos. Medianera con el cementerio está una huerta, cuyo pozo tiene una mina que atraviesa el archivo de la muerte á cuatro metros escasos de profundidad.

---

(1) No se ha publicado.

Biblioteca Nacional de España

Los curas han demostrado que los responsos sirven para producir dinero, y la experiencia prueba en Villaruín que los difuntos producen buena verdura.

La huerta es propiedad del boticario del pueblo, el tío Acerico (llamado así por su afición á pedir alfileres á las solteras guapas), y la lleva en arrendamiento Tres-clavos, veterinario y herrador, que no pone en las herraduras más clavos que los que indica el apodo.

Tres-clavos ha resuelto el problema de tener guarda, jornalero y vendedor en una sola persona, y por poco coste, porque tiene al tío Casto para ejercer todos estos oficios, y el tío Casto es el sepulturero.

Es inútil ocultar que el azadón de la huerta es el mismo del cementerio. Esto no lo oculta el tío Casto, ni cuando está vendiendo verduras en la plaza niega que él nunca se lava las manos, pues lleva su ejemplar castidad hasta el extremo de evitar en lo posible el contacto de la carne de sus dedos.

Aparte de su poco aseo y de su exagerado fervor religioso, el tío Casto es una maravilla por sus virtudes.

El camposanto tiene su capilla desmantelada y sucia. A un lado un patio algo decente, donde se entierra á los ricos, y al otro lado un corral que es bastante extenso para dar sepultura común á los po-

Biblioteca Nacional de España

bres de espíritu que se avienen á morir pobres del todo.

En un rincón del corral grande está el depósito, sin más luz ni ventilación que la que le proporciona una ventana de un pie en cuadro, cuya madera está defendida por un crucero de hierro.

Detrás del cementerio hay un barranco extraordinariamente profundo, por cuyo fondo corren las aguas pluviales durante el invierno.

La gente de Villaruín también ha puesto nombre al barranco, y se le llama el Foso del Purgatorio. Las comadres convienen en que el alma que salta felizmente al otro lado del foso entra desde luego en la gloria eterna.

Nada más que sea pertinente recuerdo ahora acerca del cementerio de Villaruín, pero si el lector no se diese por satisfecho, tome el correo del Sur, saliendo de Granburgo, apéese en Enlace, tome la diligencia que nos trae aquí algo de cultura y mucho de vicio, y cuando llegue muérase, y así podrá enterarse hasta de lo del saltito.

¡Ah! Advierto que entre los vivos y los muertos de Villaruín no existen más relaciones que las que crean el viento, la mina del pozo, el azadón de la huerta y las manos del tío Casto.

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

LA ACCIÓN DEL DRAMA

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

I

Cuando la diligencia que viene de Enlace, trayendo los viajeros de Granburgo, paró á las once de la mañana del 7 de Noviembre delante de la taberna del tío Cáñamo, acababa Bienvenido de beberse la tercera copa de aguardiente con que lograba que su paladar desechase el sabor del vino consumido con el almuerzo.

Y cuando la diligencia paró, fué Bienvenido uno de los primeros en acercarse al coche buscando noticias de la capital del imperio.

—¿Me traes la bota?

—¿Has visto á mi hombre junto á los ventorros?

—Si no cogéis esto no puedo bajar.

—¿Ha llovido por allí?

—Como acá. ¡Valiente polvo!

—Lo que está arriba que me lo lleven á casa.

—¿Puede V. decirme dónde vive el juez?

—¿Cuál?

—El de Delitos.

Biblioteca Nacional de España

—Siga V. por ahí, todo derecho, y en llegando á una plaza toma V. á la izquierda, luégo la primera calle á la derecha. Una casa colorada. No tiene pierde. Enfrente está el matadero.

—No sé si acertaré.

—Sí, hombre. Mire V. Por ahí derecho.

—Ya, ya. Luégo á la izquierda.

—Y después á la derecha... No tiene pierde.

—¿Y la viuda del general Prada, dónde vive?

—¿Del general Prada?

—Sí, señor.

—Pues, también. Pero por ahí no va V. á acertar. Hay que salir del pueblo por el Caño Gordo, seguir adelante, y... yo le acompañaré á V.

—Primero tengo que ver al juez.

—Primero tomaremos una copa. Yo pago.

—Agradezco. ¿Aquí?

—Sí, señor. Aquí mismo. Por lo visto V. no es de este pueblo.

—No, señor.

—Pues ya verá V. qué vino.

—Tiene fama.

—Digo.

—¿De modo que esa viuda vive aquí?

—Yo no la conozco, pero sé dónde vive. ¿Le gusta á V. el vinillo?

Biblioteca Nacional de España

—Bueno, de veras.

—Si no lo ha catado V. Vamos con otras.

—No, señor; tengo prisa.

—Entonces, nada. Pero otras copas poca espera piden. Yo pago.

—No es por eso.

—Ni yo quiero ofenderle. Ya sé yo que V. pagará otras después de éstas.

—Con mucho gusto.

—¿Usted ha sido militar?

—Sí, señor.

—¡Y que no se conoce! ¿De qué año?

—De la de treinta mil.

—La mía. Yo parezco más viejo por la vida que he llevado. Y ¿dónde estuvo V.?

—En el 7.°, que lo mandaba Laguardia.

—¡Vaya un hombre con alma... y tal! Pero, ¿V. estuvo en la toma de La Rastrojera?

—Eso que V. ha dicho. ¡Y que no había barro ni nada! A las cuatro de la tarde se rompió el fuego, y á las nueve estábamos dentro del pueblo y cenando lo que había.

—Pero ¡V. es un héroe!

—Así, así.

—¿Y qué era V. entonces?

—Caporal.

Biblioteca Nacional de España

—Pero no seguirá V. en la milicia.

—No, señor.

—Yo ya decía, porque ahora sería V. jefe de brigada.

—Santinés fué cabo conmigo.

—También con alma.

—Pero con suerte.

—Y V. la hubiera tenido.

—Yo no sirvo para ciertas cosas.

—Dice V. bien. El que sabe un oficio no es criado de nadie.

—Yo tengo un empleo.

—Vale más. Y siendo seguro...

—Eso, no.

—Mala cosa.

—Mientras dura...

—Así decía Laguardia. Andaremos mientras dura, y enseñaba al soldado una bota de media arroba que se bebía poco á poco.

—Era mucho hombre.

—¡Si hubiera cogido este vino!

—Ni que decir tiene.

—Pero, Cáñamo, saca una botella.

—Mire V. que tengo prisa.

—Hasta la noche no se puede V. ir, si es que viene usted para poco.

Biblioteca Nacional de España

—Creo que sí.

—Pues entonces aunque el juez aguarde á un valiente caporal no se ha perdido nada.

—Por mí, que aguarde.

—Así me gustan los individuos. Ya decía yo que usted no era borrego aunque vistiese de lana.

—Gracias.

—Yo soy Bienvenido González, por mal nombre el Inocente.

—Pues no lo parece V.

—Cosas de los pueblos. Hombre si V. supiera de un destino para mí, me las guillaba.

—Aquello está muy malo.

—Pero yo veo que el que va se coloca.

—O no.

—Habrá de todo. Pero V. está colocado.

—Para lo que tengo.

—¿Hay queja?

—Digo. En cuanto se come.

—Y ¿no hay dónde rascar?

—Eso cree la gente, pero ni agua. Para este viaje me han dado lo justo, y lo que coma tendré que pagarlo.

—Eso, no, porque V. comerá conmigo y con franqueza. Mañana me convidará V.

—Gracias.

Biblioteca Nacional de España

—Sin gracias. Como amigos de toda la vida.

—Pues, gracias, otra vez.

—Y dale. Vaya, hombre, pues yo creí que tendría usted una prebenda.

—Ni menos. Y trabajando como un perro.

—Pues, ¿dónde está V.?

—A V. se lo voy á decir.

—A mí me dice V. lo que quiera ó no me lo dice, y siempre tan amigos. Un hombre es un hombre.

—Lo sé.

—Y no hay que olvidarlo hablándose de nosotros.

—Pues estoy en el Cuerpo de Policía gubernativa.

—Tanto mejor por si algún día viene V. á prenderme.

—No llegará ese caso.

—Ni Dios lo ha de querer, ni yo lo he de buscar.

—Así sea.

—Pues yo estaba en que eso daba de sí como la goma.

—Como la soga de un ahorcado.

—Poco estirar es.

—Y siempre expuesto á ir á la calle. Anteayer tuve una cuestión con mi Inspector correspondiente, y no hubo más porque el hombre se achicó.

Biblioteca Nacional de España

—Pues, ojo, que la educación está en quien la tiene, pero la razón siempre está en el amo.

—Ya, ya, pero hay momentos...

—¿Y á quién no le pasa? ¿Bebe V.?

—Venga.

—¿Y ha venido V. con algo del cargo?

—Vengo en comisión especial.

—¡Valiente comisión que no alcanza para unas limpias!

—Pues así son todas.

—Pero, ¿por algún criminal?

—No lo sé.

—Vaya una manera de dar comisiones.

—Como siempre.

—Pues, muy mal hecho, porque cuando un hombre sabe distinguir, confía en quien lo merece como usted, pongo por caso, y da la instrucción debida y el hombre sabe á dónde va y lo que ha de hacer.

—Si así fuera.

—Pero ahora no hay tal, ¿eh?

—Ni agua. Me llamaron hoy á las seis y media. Tome V. esta carta, y á Villaruín. Se la da V. al juez, y quede V. á sus órdenes, y tome V. referencias de la viuda esa de ese general.

—Prada.

—La misma. Y se acabó.

Biblioteca Nacional de España

—Nada, un mandado. Toma esta cesta, llévala, y de paso pregunta lo que cuestan los tomates.

—Lo que V. ha dicho.

—¡Y que eso se haga con un hombre que tendrá la medalla del Corazón.

—Que la tengo, y la de Benemérito, y la de Hijo del Emperador.

—Digo, ¿qué tal? Y esa carta, ¿se la han dado á usted cerrada?

—Sí, señor.

—Otra grosería.

—Ea.

—Así anda todo. Pues yo me miraría un poco.

—¿En qué?

—Se me ha ocurrido una idea. Y yo no fallo. Y... vamos, que yo se la digo, porque V. me conoce y los amigos son para las ocasiones. No me interrumpa usted. V., amigo mío, hace mal, pero muy mal en no abrir esa carta... No me interrumpa V.

—Primero la responsabilidad.

—Oiga V.

—Y que á mí ni me va ni me viene.

—Lo creo. Pues, hombre, V. es más bueno que el pan de trigo. Conque, ni le va ni le viene.

—Me parece.

—Pues á mí no. Conque tiene V. una cuestión

Biblioteca Nacional de España

con el jefe, y se achica el jefe y ahora le envía á usted aquí con una carta para el juez... Me parece que va V. comprendiendo...

—No, si soy tonto...

—Ni parecerlo. Pero que un hombre necesita de otro hombre, y si yo no hablo...

—Quizá...

—Como el agua. Que ya estoy leyendo la carta. Muy señor mío: Al portador me lo tiene V. en la cárcel hasta nueva orden.

—¡Diantre!

—Si, diantre, si. Ya te darán para que te avispes.

—¿Y cómo se abre la carta?

—Eso digo yo. Por más que yo leería la carta, la rompería y diría que se me había perdido... ó diría misa, porque hasta no ver lo que pone no hay nada que calcular.

—Y que es lo justo.

—Oiga V., yo abro la carta mojando la goma del sobre, después se pega de nuevo y después se plancha.

—Por mí, al avío. Pero no la metamos, hay que tener paciencia.

—Cinco minutos.

—¿Y dónde?

—En la cocina de la taberna.

Biblioteca Nacional de España

—Pero...

—No hay caso. V. y yo solos. Quien da parte toca á menos. ¿Vamos?

—Vamos.

—Me llevaré la botella y la llenaremos allí dentro.

Cuando la carta salió de su cárcel el polizonte la leyó, miró á Bienvenido y guardándose pliego y sobre, dijo:

—No me perjudica. Luégo la cerraré. Hasta luégo.

Y quiso despedirse de Inocente que interceptaba la puerta de la cocina.

—Y yo ¿no la leo?

—¿Para qué?

—Si no me da V. esa carta le saco á V. las entrañas lo mismo que lo digo.

—¿A mí?

—No busque V. Su revólver de V. lo tengo yo en mi bolsillo. Estoy muy interesado en el asunto ese, y véngase V. á buenas, porque á malas le cuesta á V. la vida.

—Pero este...

—Perdemos el tiempo. Deje V. la carta sobre esa mesa y váyase V. á aquel rincón.

—Es que...

—Y no grite V. porque ya de todos modos está V. perdido.

Biblioteca Nacional de España

El polizonte reflexionó y obedeció.

La carta decía así:

«Sr. D. Licurgo Redondo: Muy señor mío y mi amigo particular: Se me ha denunciado que en esa villa está la señora doña Teresa Lasama, viuda de La Prada, siendo víctima de un verdadero secuestro. Díceseme igualmente que el secuestrador es un Bienvenido González, propietario de la finca que habita la referida señora. Vea V. qué hay de exacto en dicha denuncia, y de todos modos facilite V. la protección necesaria á la doña Teresa para que se traslade á esta corte, si juzga V. que no ha de gozar en esa villa la libertad que V. seguramente cuidará de conservar á todos sus administrados.

Tengo el deber de manifestar á V. que estoy satisfecho del buen cumplimiento que ha dado á otros avisos míos, y le reitera con esta ocasión, etc., etc., *Fulano de Tal.*»

Un alto personaje, porque sólo á un sér así puede convenirle que se oculte su nombre y se le llame Fulano de Tal.

—Pues, ahora, verá V. qué bien cerramos esta carta. La llevará V. á su destino, y como ya no es posible que coma V. conmigo, acepte V. estas monedas y quedamos en paz.

Cuando salgamos á la calle entregaré á V. su re-

Biblioteca Nacional de España

vólver, porque si allí me acomete V. no podrá V. disculparse. Además, ya sé yo que quedaremos amigos, porque V. en este asunto no tiene más molestia que el susto.

—Todo sea por Dios.

—Y por mí, hombre, que me ha hecho V. un gran favor.

—Más vale así.

Y, naturalmente, cuando el juez, acompañado de escribano y alguaciles, se presentó en casa de la generala, tenía la señora en su poder los recibos que demostraban que pagaba puntualmente á Bienvenido. Además aseguró á Licurgo que se encontraba muy bien en su casa y en el pueblo, y que no quería ir á Granburgo por no estar cerca de las fieras del jardín de Aclimatación.

Yo iba á comparar á Licurgo con un perro que huye llevando el rabo entre sus piernas, pero el agradecimiento que debo á algunos perros me impide hacer esta comparación.

Cuando el padre Pío salía aquella tarde de rezar el Rosario en la iglesia se encontró con el juez. Pretendió éste eludir la acometida pero el buen cura cortóle el paso, y, encarándose con él, le dijo:

—Señor juez, ¿viene V. del campo?

—No, señor.

Biblioteca Nacional de España

—Pues está V. lleno de polvo.

—Sí, sí.

—Quítese V. la ropa y que la sacudan.

—¿Por qué dice V. eso?

—Por nada, pero creo que no querrá V. que se la sacudan llevándola puesta.

Bienvenido, al acostarse aquella noche, se desnudó majestuosamente, contó á su esposa lo ocurrido, y añadió al terminar:

—Chica, *redata resfero*, porque yo ya sabes que *vitam impendere vesto*.

II

Siempre que me ocupo de estos asuntos, me asombro de que la humanidad crea cándidamente que ha resuelto algo emancipándose de la sotana y quedándose cogida entre los pliegues de la toga.

Natural era que convencidos los hombres de lo mal que hacen justicia, volviesen á usar las pruebas igualmente arbitrarias é irracionales del agua y del fuego ó se hubiesen decidido por no hacer justicia, creando la costumbre de no delinquir como se ha creado la costumbre de robar.

Biblioteca Nacional de España

No he conocido la Inquisición, pero me la figuro. Los ergotistas aspirantes á cura con vistas á inquisidor, no serían más vanos, más inmorales ni más ignorantes que estos nuestros doctorcillos que visten afeminadamente con todas las ridiculeces de la última moda, miran por encima del hombro á quien no es abogado, discuten hasta con los ancianos caducos y emplean lo que llaman sus ocios en los más extravagantes vicios.

Igualmente veo los inquisidores de antaño cuando contemplo los magistrados de nuestros días, graves, circunspectos, vestidos con severidad, comprando fincas cuyo valor no es igual á la suma de los sueldos cobrados. Sugetos que enseñan orgullosos su biblioteca donde San Agustín y San Jerónimo han sido sustituídos por los tomos de la Novísima. Sugetos intachables que, esclavos de la justicia escrita, ven con tranquilidad cómo la absurda ley y el irracional procedimiento llenan los hogares de hambre y de luto, las cárceles de inocentes, los patíbulos de sangre y las sociedades de asesinos, ladrones y prostitutas.

Defienden su prebenda procurando ridiculizar el Jurado, que es en nuestros días la única institución racional que puede producir positivos beneficios para la democracia.

Biblioteca Nacional de España

Sacerdotes de la justicia, que no permiten que nadie les juzgue.

Amigo lector: añade lo que pienses y comprendas que yo no puedo decir, y sigue adelante.

No sé quién mató á doña Teresa, si sería Dios ó el médico, pero de cualquier modo, el autor de aquella muerte hizo un grandísimo favor á la infeliz viuda, porque las persecuciones de Licurgo llegaron á ser tan insensatas que doña Teresa iba persuadiéndose de que moriría en la cárcel.

En aquella lucha entablada entre el juez y las dos mujeres, tenían éstas de su parte al cura y á Bienvenido, el resto del pueblo obedecía á la *autoridad* porque el número de los cobardes es infinitamente mayor que el de los tontos.

Vencieron los malos porque eran más que los buenos, y murió doña Teresa. El torero nunca pone el pie sobre la res muerta por el estoque. El asesino huye. El juez no se separa del cadáver del reo hasta que da fe de que la *justicia* se ha cumplido.

Licurgo pudo convencerse de que la generala estaba muerta. Entró en la alcoba por derecho propio, y Bienvenido, valiéndose de otro derecho que no está escrito, cogió al juez por un brazo, le plantó en la calle y le dió con la puerta en el sitio donde los demás llevamos las narices.

Biblioteca Nacional de España

Pero á seguida llamó el juez en nombre de la autoridad y fué necesario abrir. Marchó Bienvenido á la cárcel acompañado por el alguacil; Loreto estaba desmayada; doña Teresa muerta, y Licurgo ordenó que el cadáver fuese trasladado al depósito inmediatamente.

Después, cuando sacaban á la muerta en unas asquerosas angarillas, la desolada huérfana se asía con ambas manos á la helada de su madre, y Licurgo, exasperado por su propia vergüenza, cogió á Loreto, y empujándola bruscamente dijo:

—Usted no sale de aquí.

Abriéronse desmesuradamente los ojos del padre Pío, acercóse al juez con ademán descompuesto, y luégo murmuró entre dientes: «A su imágen y semejanza.»

La pobre niña quedó acompañada por una vecina, que cansada de repetir las mismas vulgares palabras de consuelo se retiró pretextando que eran las nueve de la noche.

El señor cura se fué á su casa, vistióse una cazadora y un sombrero ancho, echóse en el bolsillo dinero y un revólver y salió á la calle.

El juez dejó un alguacil enfrente de la casa de Loreto con encargo de avisarle si ocurría algo de particular, y después, resignado y esclavo de su de-

Biblioteca Nacional de España

ber, comenzó á escribir al jefe, prometiéndole que al siguiente día iría Loreto camino de Granburgo.

La muerta siguió inmóvil en el depósito, pero yo creo que pasaría largo rato pensando en lo que hubiera oído, porque yo he entendido siempre que hay una sobrevida sostenida por el sistema nervioso. Creo en esto como en un gran consuelo, porque, seguramente, lo que se oye después de la muerte dará al muerto la síntesis que la sociedad hace de aquella vida que le consagró el difunto.

III

Y se acabó el llanto, porque hasta las lágrimas se acaban antes que la pena.

Siguió Loreto caída sobre el desvencijado catre, inmóvil y con los ojos abiertos. Abiertos como los tenía su madre muerta, ¡Qué infamia! No me han dejado que los cerrase. Habrá llegado al cementerio y se habrá visto allí, sola... sola, ¡sin su hija! Me estará maldiciendo ¡Madre, no, no! ¡No me maldigas, madre! ¡Qué infamia! Pero ¿por qué?... Estará sola; estará á oscuras ¡Qué horror, Dios mío! ¡Allí toda la noche... sola! ¿Y mañana? No sé. La enterrarán...

Biblioteca Nacional de España

Pero ¿es posible que entierren á mi madre? Y yo me quedaré viva... Yo viva... y sola... Yo viva... pero no estaré viva. Me moriré también. Si esto es, yo me moriré mañana. Y esa mujer se ha marchado... Era tarde. No, no es eso. Es que aquí ya no habrá día... Y la debíamos tanto... También es mala... Y todos... No está aquí... está allí, sola. Tendrá frío y tendrá miedo. Y yo aquí... también sola. Pero ese hombre ¿por qué es tan malo? ¿Por qué hay malos?... Esos no se mueren. ¿Y el señor cura? Temblaba cuando me cogió las manos... Ese es bueno... y nos quiere... Pero hoy miraba de un modo... Ese no tiene miedo... Dijo *hasta luégo*... Luégo... es después... será mañana... Vivir mañana... ¡Oh, no!... Si mamita viviera... pero no vive... Dicen que no vive. Y allí sola... como yo... Tendrá frío... yo también tengo frío.

Nerviosamente los brazos de Loreto se aproximaron al busto. Hubo un impulso inicial en el movimiento de aquel cuerpo que parecía inerte. Toda la desesperación del espíritu fué fuerza acumulada que súbitamente llevaron los nervios á los músculos, y aquel sér lanzóse de un salto á la sala. Empleáronse los sentidos con actividad inusitada; movióse el corazón rápidamente, circuló la sangre produciendo calor de fiebre, y el organismo se apoderó de todas las actividades.

Biblioteca Nacional de España

Vióse aquel cuerpo sólo y llenóse de espanto. Produjose la reacción, y con ella la decisión de luchar por la existencia, y Loreto abrió la puerta no sé cómo, corrió sin saber por dónde y llegó á las tapias del cementerio, segura de hallar allí su defensa, de hallar la afirmación de la vida donde se guardan los testimonios de la muerte, porque creía la inocente niña que una madre y un sepulcro serían respetables para los humanos.

El firmamento estaba cubierto á trechos de negras y recortadas nubes, conque la luz de la luna se ocultaba á intervalos, y ora producía espanto verse solo enmedio de los campos desiertos, ora producía mayor terror considerarse solo en medio de la oscuridad.

Los álamos gigantes que rodeaban la noria de la vecina huerta parecían alzar hacia el cielo brazos secos pidiendo misericordia.

Aquel silencio parecía la negación absoluta y obstinada de todo ruído. Solamente se oían á lo lejos los ladridos de un perro, que parecían responder á los sollozos y á la jadeante respiración de Loreto. Y así aquel trozo de tierra llena de surcos trabajaba produciendo la germinación de las semillas, mientras de un lado descansaban los muertos vigilados por una niña, y del otro dormían los vivos defendidos por un perro.

Biblioteca Nacional de España

La mujer y el perro: los más fieles guardianes y los más despreciados.

En vano Loreto empujó con sus diminutas manos los barrotes de hierro de la puerta. La puerta era firme y cumplía con la previsión que la había colocado. Por allí nadie podía pasar á robar las mortajas de los muertos.

Yo no se qué es más infame, si robar sus vestiduras á los difuntos ó vestir lujosamente á los difuntos habiendo vivos en tristísima desnudez.

Creció el deseo y se exageró el esfuerzo, pero al cabo llegó á ser el esfuerzo nulo cuando el deseo era irresistible. Entonces Loreto echóse atrás para medir la altura de la tapia y vió al padre Pío que cogiéndola de la mano decía:

—Por aquí, Loreto, por aquí.

—El padre; es estraño. Y ¿á dónde se va por aquí? Ya lo sé. A ver á mamá. ¿Vestido así? Me da miedo... Ha venido antes que yo... á ver á mamá... A eso, sí; ¡qué bueno es!

Y juntos llegaron á la ventana del depósito. La luna iluminó aquella estancia, en cuyo centro estaba colocado el negro ataud que encerraba los restos mortales de la generala. La tapa de la caja permanecía en el suelo, junto á la mesilla que sostenía el féretro. Se veía uno de los extremos de la blanca al-

Biblioteca Nacional de España

mohada, pero Loreto adivinó el resto. La imaginación dió á la retina lo que á ésta no había sido sensible, y Loreto se agarró á los hierros de la reja, y gritó:

—¡Mamá, mamá! ¡Madre, oye, madre, madre!

Cubrió una nube el disco de la luna, sobrecogióse la niña, y siguió repitiendo muy quedito:

—Mamá, estoy aquí. Estamos juntas, mamá; no tengas miedo.

D. Pío sujetaba con su brazo izquierdo el talle de Loreto, completamente abandonada á aquel sustento, y con la mano derecha se asía á la reja para que de este modo pudiera la huérfana escudriñar la inmunda estancia.

Pasóse así buen rato. La muerta mirando al techo sin poder mirar. Loreto mirando á su madre sin poderla ver. El cura mirando á Loreto, y, detrás de ellos, y oculto por el tronco de un árbol, el juez Licurgo contemplando aquella escena.

Cansóse el vehemente justicia de ver más tiempo tales paparruchas, y dando con voz entera las *buenas noches*, entró en escena súbitamente.

Irguióse Loreto, dió un paso atrás el señor cura, y todos comprendieron que en el combate que se iniciaba no habría cuartel para el vencido.

—¿Qué hace V. aquí, D. Pío?

Biblioteca Nacional de España

—Estoy...

—¿Echando responsos en ese traje, ó cazando mozas?

—Nada de eso.

—Usted irá á la cárcel, custodiado por la Guardia rural, y esta señorita tendrá á bien venir conmigo hasta su casa, de donde no debe salir sin orden mía.

—Yo he cumplido con mi deber...

—Eso me lo dirá V. mañana en el juzgado. Y la señorita no se separará de mí hasta que llegue á su destino.

—¡Mi destino! ¿Cuál?... ¿Por qué?... ¿A dónde?... ¡Ah, sí, sí! ¡Qué infamia!

Y Loreto repuso con entereza:

—Nunca. Es V. un canalla.

—Repare V., señorita...

—Es V. un miserable.

—Yo soy una autoridad que...

—Usted es el asesino de mi padre y de mi madre, y quiere V. asesinarme también. Nunca.

—Me hago cargo de su estado de V.

—Sí ó no... Poco me importa. V. no ha de separarme del lado de mi madre.

—Yo procuraré por la persuasión...

—Es inútil. V. podrá obligarme pero no persuadirme.

Biblioteca Nacional de España

—Es que si fuese necesario...

—¿Qué haría V.?

—Me vería precisado...

—¿A qué?

—A emplear la violencia.

—¡Cobarde!

Y Loreto adelantó sus labios y escupió de lleno en el rostro del ejecutor de la justicia.

Sintióse Licurgo herido en su orgullo, ya que no en su dignidad. y agarró con fuerza un brazo de Loreto. Saltó el cura sobre el juez, echóle mano al cuello y ambos rodaron por el suelo dándose puñadas.

Pretendía el juez valerse de su bastón de doradas borlas que, aunque es insignia de la muerte, no es capaz para producirla, y el cura forcejeaba por llevar la mano hasta su revólver.

Enlazábanse aquellos cuerpos como se enlazan las serpientes en el caduceo. Tendíanse ó se encorvaban las piernas para no caer ó para levantar el cuerpo caído, y en esta lucha el símbolo de la autoridad asalariada saltó hecho pedazos de la mano de Licurgo.

Cogió Loreto el trozo adornado de puño y borlas, sin darse cuenta del por qué de tal acción: acaso porque en su inocencia creía que tan temida insignia era digna de que se la recogiese del fango de una huerta.

Biblioteca Nacional de España

Y siguió la lucha á brazo partido, buscando siempre ambos contendientes el acercar á su contrario al foso del Purgatorio.

Retumbaban los pechos cuando los cuerpos caían en tierra; crujían las ropas al ser desgarradas, y, aparte de esto, ni una palabra: los dientes apretados y los ojos enrojecidos buscando la presa en la oscuridad, cuando la luna se ocultaba para no presenciar tanta vergüenza.

Allí, al borde del abismo, la lucha fué más encarnizada. Vióse el juez perdido y gritó ¡socorro! Perdió un esfuerzo al dar este grito y perdió ventaja, porque cuando se quiere vencer nunca se debe gritar.

Aprovechóse el cura y lanzó las piernas del juez hacia el precipicio. Agarróse el justicia al cuello del cura, y éste hubiera seguido á su enemigo si Loreto no hubiera sujetado al sacerdote. Miraba éste al fondo del abismo sosteniendo con su cuello el cuerpo del juez, que pretendía alcanzar el borde del foso. Comprendió el padre Pío su situación crítica. Tuvo valor por primera vez en su vida para decir la verdad, y gritó cuanto pudo:

—Loreto, te amo, te amo.

Primero el asombro, luégo la vergüenza, después el terror y al fin el asco. Y la mano de la niña que

Biblioteca Nacional de España

cogía la carne del presbítero alzóse lentamente hacia el cielo mientras rodaban con estruendo al fondo del abismo los miserables representantes del Dios del infierno y del Dios del patíbulo.

Después, nada: ni un grito, ni un rayo de luz que dieran fe de la consumación del hecho. La muerte sin más acompañamiento que el silencio y la oscuridad.

Desvanecida Loreto cayó al suelo conservando en su mano el símbolo maltrecho de una justicia desnucada en compañía de un cura.

Todo volvió á sombría calma, y sólo á lo lejos, junto á las tapias extremas de Villaruín, ladraba tenazmente un perro, acaso porque su fino olfato le denunciaba que aún quedaban enemigos del vecindario después de muertos el juez y el cura.

IV

Mucho madruga el chico del sacristán para tocar el alba, pero más madruga el tío Casto cuando tiene entierro, porque lo que él dice:

—Cuanto más pronto despache la sepultura más tiempo me queda libre para vender en la plaza.

Biblioteca Nacional de España

Así es que cuando apenas era sensible el nuevo día, ya estaba Casto tomándose el aguardiente.

Llegó al cementerio, abrió la puerta, atravesó el patio de los ricos, cogió el azadón recogido en un rincón de la capilla, fuése al gran corral de los pobres, buscó sitio, y dejando la herramienta sobre la tierra húmeda marchóse al depósito.

Encendió la luz del farolillo, tan ayuno de aceite como harto de telarañas, y aproximándole al abierto ataud pensó.

—¡Pobre doña Teresa! también le ha llegado el día de pagar su tributo.

Cerró las maderas de la ventana y empezó su faena.

V

Cuando Loreto volvió de su desmayo era ya pleno día.

Su mirada incierta reflejaba el estado de su espíritu. Llegaron todos los recuerdos desde la memoria á la inteligencia. Rehizo ésta el pasado proceso y Loreto huyó aterrorizada de aquel sitio y corrió en busca de la reja confiando en que á la luz del sol podría ver mejor á su *mamita muerta*.

Biblioteca Nacional de España

—Las ventanas cerradas... ¿Quién está ahí no estando yo?

Las empujó, pero no cedieron. No estaba el ánimo dispuesto á sufrir contrariedades. Miró en derredor buscando una piedra; vió el trozo de bastón en su mano y con el dió tan fuerte golpe que las maderas se abieron.

Por primera vez sirvió aquel bastón para descubrir un delito.

Entró la luz del sol en aquella estancia y tras ella la mirada de Loreto.

Las desnudas piernas del cadáver colgaban fuera de la caja. A su lado el sepulturero con los pantalones caídos miraba á Loreto como el farolillo al sol, asustado de verse tan mezquino.

Siguió Loreto mirando y apretando su rostro contra los hierros. Saltó el tío Casto con el puño levantado buscando la cabeza de la niña y ésta echóse atrás, lanzó una vibrante carcajada y levantando sus ropas quedóse mostrando al tío Casto los nítidos muslos de la hermosa doncella.

Volvió el sepulturero de su estupor. Salióse del cementerio y corrió tras Loreto que huyendo hacia Villaruín volvíase á intervalos para mostrar su vientre desnudo á aquel canalla que robaba á los muertos el pudor que no había sido presa de los vivos.

Biblioteca Nacional de España

VI

Hoy sigue Loreto loca y recorriendo diariamente el camino que va de Villaruín al cementerio, y sigue en el pueblo porque nos hemos jurado unos cuantos llenar de curas y jueces el foso del Purgatorio si Loreto se ve molestada por un cura ó un juez.

Seremos unos bárbaros, pero las fieras se domestican á palos, porque son inferiores á los salvajes que sabían comprender la religión del Crucificado.

Lo que no podemos evitar es que Loreto se levante sus ropas cuando algo le produce miedo. Esto divierte á la gente de este pueblo como divertiría á la de Granburgo. El más grosero sensualismo se ha apoderado de los humanos que, al cabo, no pueden encontrar más grato solaz para su perverso instinto.

Duerme Loreto en casa de Bienvenido y come en la mía.

Ayer estaba peinándola mi esposa, cuando de súbito me preguntó la loca niña:

—¿Por qué hay malos?

—Pues para que valgamos algo los buenos.

Biblioteca Nacional de España

—Y ¿por qué hay malos en Villaruín?

—Porque Villaruín está donde está.

—Y ¿dónde está Villaruín?

—No sé, hija; pero te aseguro que Villaruín no está en Esparta.

FIN

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

Á MI MÉDICO

Amigo mío: (Hasta que V. me mate hemos de ser amigos). A sus manos de V. envío esta carta, que prometo hacer corta, porque V. comprende más fácilmente que yo explico y porque me reservo los pleonasmos para ocasiones que no es del caso mencionar aquí.

Hace doce años que estudio con atención lo que se escribe acerca del delirio de las persecuciones, y como no puedo leer mucho ni logro sacar de mis lecturas todo el fruto que una mejor inteligencia podría obtener, es lo cierto que me hallo tan ignorante en este asunto como me hallaba hace doce años.

Después de dicho esto sería lo lógico y prudente no seguir hablando de tal materia, pero la costumbre establecida me obliga á dar á V. mi voto y mis consejos, que V. no aceptará seguramente, fundándose no más que en la circunstancia de que yo no soy médico. Circunstancia que, dicho sea por lo pro-

Biblioteca Nacional de España

picio de la ocasión, nos da á mi familia y á mi la dulce esperanza de vivir algunos años más.

Y á seguida va mi opinión.

Convengamos en que el delirio de las persecuciones debe ser tan antiguo como la humanidad, supuesto que en todos los Génesis ya se habla de persecuciones y de delirio.

El mal sigue haciendo estragos hasta tal punto, que en 1871 aseguraba Mr. Legrand que en París había 500 casos por año.

Doy por admitido que han resuelto Vds. todos los problemas patogénicos y patológicos que el mal puede presentar.

Admito que estarán también resueltos todos los problemas que aparecen en la clínica.

¿Le parece á V. que ya es hora de sintetizar y aplicar la síntesis en la higiene?

A mi me parece que sí, y sigo adelante. Es decir, sigo, pero sigo haciendo una digresión.

Verger mató á un arzobispo de París, y Galeote mató á un obispo de Madrid. Estos hechos son lamentables, como lo hubieran sido los asesinatos de Galeote y de Verger cometidos por los dichos sacerdotes, caso de que personas tan dignísimas (q. e. p. d.) hubieran sido capaces de molestar en lo más mínimo á los asesinos citados.

Biblioteca Nacional de España

Convengamos en que Verger era víctima del delirio de las persecuciones. Repare V. que ya sólo me me refiero á Francia, y aun seré más prudente generalizando el caso y suponiendo que al rey P. le mata el obrero Q.

¿Qué motivos tuvo Q. para cometer semejante *acto?*

¿Buscaba un fin político? No.

¿Realizaba una venganza de agravios personales? Tampoco. El obrero no conocía al rey, y aprovechó un día de gran revista para tener la seguridad de que la agresión se verificaría indudablemente en el *ungido del Señor.*

El obrero declara que ha matado á S. M. porque éste pretendía que aquél fuera expulsado del taller. Nada más absurdo. Se procesa al regicida. Los médicos declaran que el reo padecía el delirio de las persecuciones. El docto informe influye en el criterio de los jueces, suponiendo que se deje influir, y el regicida no va al patíbulo. Declaro que al médico que logra tan envidiable victoria se le puede perdonar que equivoque alguna vez el tratamiento.

Pues ahora supongamos que cinco minutos antes de la hora en que se verificó el regicidio, el rey P. hubiera cortado la cabeza al obrero Q.

¿Qué motivos tenía para cometer tal barbarie?

Biblioteca Nacional de España

Ninguno. El rey alega que se le había metido debajo de la corona que aquel obrero proyectaba asesinarle.

Convendremos también en que el rey padecía del delirio de las persecuciones.

Pero V. y yo, que, en este caso, estamos en el secreto, sabemos muy bien que si S. M. no hubiera andado listo le hubiera ido muy mal.

De ningún modo se debe llamar loco á quien, con tan extraordinario acierto se libra de la muerte.

Si aquí el rey aparece como un loco que se cree perseguido es porque existe un obrero que persigue locamente.

Este estudio es el que no se hace.

Sin razón alguna yo digo que V. es ladrón, y la noticia cunde entre sus amigos de V. Ninguno de éstos se da públicamente por enterado, pero V., con sus exquisitas delicadeza é inteligencia, nota que va siendo objeto de extrañas desconfianzas. Su prevención de V. justifica las prevenciones que contra usted se tienen. El mal aumenta, y V. aparece ante los ojos del extraño como un atacado del delirio de las persecuciones. Un día da V. un garrotazo á un guardia de Orden público porque retiró su sable al acercarse V., y entonces todos convenimos en que debe usted ir á un manicomio.

Biblioteca Nacional de España

Nada más extraño que las soñadas persecuciones de que se creen víctimas muchos infelices, pero aún son más asombrosas las persecuciones que emprenden seres más irracionales que locos.

Por todas partes se oyen los calificativos más groseros aplicados á personas muy respetables.

La murmuración como medio y la calumnia como fin son necesarias á esta miserable sociedad cuyos individuos no hallan otro consuelo para el triste convencimiento de su propia insignificancia.

Sueñan los poderosos con ser más poderosos todavía, y no hallan mejor medio para lograr sus fines que anular á los que ya son desgraciados.

Ríome de la herencia con todo el respeto con que yo suelo reirme.

De igual modo me río (con mesura) de ciertas causas como el alcoholismo y otras que, tras naturales fenómenos fisiológicos llegan á producir la locura. Es cierto, y después también la paralisis en todos sus grados y formas. Pero me río de que todas esas causas sean originarias del delito de las persecuciones, porque creo en mi conciencia que si se fuesen á analizar todos los casos de tal locura, veríase que son enfermedades producidas por el tratamiento, por el bárbaro tratamiento de la persecución con que los humanos pretenden curarse sus afecciones morbosas.

Biblioteca Nacional de España

Es necesario que al aparecer un atacado del delirio de las persecuciones se procese á toda la humanidad para saber quién fué el perseguidor. Es muy agradable salvar la vida de un hombre declarándole irresponsable, pero es más justo hacer sentir la pena al responsable efectivo.

Yo, hablando de mí, puedo asegurar á V. que ya padecería el delirio de las persecuciones si tuviera afición á ocuparme de mi persona.

Terminada la larga digresión vuelvo al tema y... Pero no vuelvo al tema porque prometí hacer corta esta carta y me he habituado á cumplir mis promesas.

En ésta su casa, todos estamos buenos; conque no se moleste V. viniendo á visitarnos que ya tendré yo la satisfacción de pasar á saludarle.

Soy siempre su afectísimo amigo seguro servidor y cliente Q. B. S. M., *Silverio Lanza.*

BIBLIOTECA SAN MARTIN Y AGUIRRE

Biblioteca Nacional de España

V
C-2657-3

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

Biblioteca Nacional de España

Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1103176254

0538560868 05

Biblioteca Nacional de España